

Los enfermos están amontonados; como si una constante epidemia azotara nuestra población, o como si por allí hubiera pasado el aliento macabro del dios Marte.

Todos vosotros habéis pasado entre aquellas paredes los momentos más emocionales de nuestra mocedad estudiantil y todos conservamos por él un recóndito afecto en el lugar más romántico de nuestro corazón; pero, tan luego como sentimos el sabor agradable del recuerdo, nos embarga la idea de la vergüenza ante el hecho de que aun aquellos lugares albergan lo más sagrado de un pueblo: el desgraciado enfermo pobre.

¡Un hospital cerca de un mercado y en el centro de una ciudad! ¡Da horror! El aire y las moscas se encargarán de cumplir su misión contagiosa.

Este hospital debe desaparecer de aquellos lugares, y ya algunas de las secciones están trasladadas al hospital nuevo. El día de mañana que sea derribado el vetusto edificio, vale la pena de que los terrenos sean aprovechados para un jardín diminuto, que, a modo de válvula del frenesí edificatorio que padece Barcelona, proporcione espacio, aire y un lugar, en el cual puedan estar los chiquillos de aquella barriada.

Barcelona, siempre abismada en ideas de trabajo, se ha olvidado de coger flores para adornar sus calles. No tiene jardines como otras ciudades, en medio de la población y en los cuales se reúnen los chiquillos, evitándose así el espectáculo inculto de los juegos de pelota en mitad de la vía pública, el cual, además del riesgo de que corren los muchachos de ser atropellados por los vehículos, constituye un molesto peligro para los pacíficos viandantes. La parte que corresponde a la actual casa de convalecencia supongo que será respetada por la Reforma en honor a su riqueza arqueológica.

El otro hospital que posee Barcelona es el llamado Clínico, suntuoso edificio cuya tardanza en terminarlo fué tal, que al nacer ya era viejo. Nuestras ideas actuales sobre los medios de contagio requieren un hospital formado de pabellones completamente aislados como el militar de Madrid. Dentro poco tiempo el hospital Clínico se verá circundado de altas casas que lo asfixiarán, reproduciéndose el actual espectáculo del hospital de la Santa Cruz. Además, también está cerca de un mercado, y ya podréis comprender que las moscas que asisten a las prácticas de las salas de disección no se lavarán las patas y la trompa antes de ir a mariposear los manjares del próximo mercado.

El Hospital Clínico aun llega a tiempo, hasta cierto punto, para

que se le dispense los honores de un aislamiento por medio de jardines que lo mantengan alejado de las casas vecinas, no le quiten el sol, ni le absorban el aire. Además, la construcción de anchos jardines sería una solución para que los enfermos convalecientes pudieran tonificarse el organismo con el sol y aliviar el espíritu con la tranquilidad de los paseos higiénicos. Estos jardines de hospital, a la par que cumplen un precepto higiénico, pueden ser una fuente de cultura para los paseantes, instalando en ellos tablas en las cuales estén escritos aquellos preceptos higiénicos indispensables para defenderse de las enfermedades y del vicio.

Cierto que ya hace unos años en un periódico de esta ciudad publiqué un artículo proponiendo que el Hospital Clínico debía rodearse de jardines, pero mi voz no halló eco y las cosas siguen en el mismo estado. Sólo un poeta habló de soslayo, y su voz, como la mía, se perdió en el bullicio del tráfico. El Hospital Clínico está cerca de la Universidad Industrial y las casas que se edifican serán solicitadas por el número de empleados de ambos edificios, así como para casas de huéspedes y en este caso los edificios que ocuparían el actual campo de sport estarían a tocar del departamento de infecciosos y ya sabéis que la viruela, pongo por caso, es contagiosa a una respetable distancia. En una palabra, que el Hospital Clínico está en peligro de verse en las mismas condiciones que lo que hemos apuntado al hablar del vetusto, e insuficiente y triste Hospital de la Santa Cruz.

Tan luego como nuestras conciencias sienten el frenesí de esta miseria sanitaria, una idea de consuelo llega a nuestra mente el Hospital de San Pablo. Este establecimiento está bien situado. Lejos de las casas y los mercados, con los pabellones aislados y elevados (como el militar de Montpellier), pero cuando se termine será insuficiente para una ciudad como la nuestra. Es, para mí, una mancha la lentitud de las edificaciones sanitarias. El pueblo que no puede edificar las obras de beneficencia, es un pueblo que no siente el verdadero amor al pobre. Y si un pobre es en una ciudad una vergüenza para la vía pública, un enfermo sin atender es una mancha, una deshonra para la ciudad.

La psicología de nuestro pueblo es muy singular, parece que está insensible a las obras de beneficencia. Fijaos que abundan los legados, que se levantan escuelas y observatorios, que se termina una catedral, pero no hay donantes para el Hospital Clínico que, como un señor opulento arruinado, sigue una vida de miseria torturadora sin poder reducir sus gastos ante sus ineludibles necesidades. El Hospital de

San Pablo, como otro prócer, ha terminado su dinero en un traje incompleto y no puede salir a la calle. ¿Es que nuestro pueblo no siente la oleada de lástima ante los acosados por la miseria y los afligidos por la enfermedad? Creo que sí, pero la desconoce en absoluto. Yo os garantizo que si los Cresos de nuestra sociedad hubieran presenciado las trágicas escenas que nosotros hemos visto en las horas de guardia cuando éramos alumnos, no andarían las cosas así y en lugar de escuelas habría hospitales. Me refiero a las escenas lastimosas de aquellos enfermos que al llegar al hospital en busca de una cama caliente y una mano santa y un sorbo de medicina salvadora, han de volver a su casa corroída por la miseria y el frío ante la fátidica frase de que *no hay cama...*

Es necesario poner en contacto la miseria con la riqueza, hacer que nuestra sociedad favorecida por la fortuna vea y toque los hogares desamparados de las necesidades más rudimentarias. Este es el único modo que la beneficencia sea atendida por los particulares como ocurre en otros países que disfrutan de los beneficios de espléndidos legados, que les permiten la construcción de grandes hospitales con todos los adelantos científicos.

Estoy seguro de que si nuestro pueblo asistiera al drama vivo de un pobre pótico que no hallando lugar apropiado para su curación después de recorrer todos los establecimientos de nuestra ciudad, llegó a un estado incurable de su lesión inatendida, habría hoy un sanatorio capaz y digno de una población como la nuestra. Nosotros, que la naturaleza nos ha dado playas anchas, abrigadas con rocas que parten las olas y con un sol vivificante, no poseemos para nuestros hijos ningún sanatorio apartado de los aires confinados de la ciudad, en el cual los pobres hijos tuberculosos hallen los beneficios de una cura de sol, reposo y sobrealimentación que les conduzca a los excelentes beneficios clínicos que obtiene el profesor ROLLIER en sus sanatorios de Leysin, en los que el sol, como factor principal, no tiene la lozanía del nuestro.

No hay ningún sanatorio popular de nuestra escuela, ni en el mar, ni en la montaña. La infancia en este punto concretó no está atendida y es tan triste que por falta de un solárium hayan de quedar los enfermos cojos y jorobados, cuando con un tratamiento prematuro y constante podrían llegar a una curación casi completa! El tuberculoso óseo no debe permanecer en un hospital general; donde se le expone a un sinnúmero de enfermedades contagiosas que pueden agravar su estado general, ya precario y sin defensas.

No ha mucho, propuse la edificación de un sanatorio pagado por los médicos gracias a la humilde cantidad de diez reales al mes; con los cálculos míos, en menos de cuatro años se podría entregar a la ciudad un sanatorio parecido al que hay instalado en Banyuls-sur-Mer. Dos periódicos se ocuparon de mi idea y después, como ocurrió con el proyecto de los jardines del Clínico, no se llevó a cabo absolutamente nada. El fracaso de nuevo sepultó mi idea.

Ya que la asociación de las ideas nos ha conducido a ocuparnos del problema concerniente a la infancia, vale la pena que nos acordemos de que no poseemos ningún hospital propio para la infancia apartado de la ciudad, formado de pabellones aislados y en el cual puedan ser admitidos todos aquellos enfermos que en sus hogares no pueden ser atendidos convenientemente. En nuestros barrios populares he tenido ocasión de observar como la falta de cultura y la miseria son las causas de que constantemente haya epidemias de afecciones infantiles. Allí, no es posible llevar a cabo un aislamiento del enfermo por la falta de espacio; allí, es poco menos que inútil intentar una cuarentena bien hecha. Yo he visto en un caso de viruela sacar las ropas del enfermo al balcón antes que la desinfección previa ordenada se efectuara, he visto variolosos andando por la calle en pleno período de descamación; he visto escarlatinosos haciendo vida común con sus allegados. En los Estados Unidos el médico es el responsable de los enfermos contagiosos, en la casa de los cuales se fija un cartelón encarnado para avisar que allí hay un enfermo peligroso. Y si no es esto precisamente lo más conveniente, se recurre a la hospitalización en el caso que así se crea más eficaz. Es necesario que desaparezca la aprensión al establecimiento de sanidad y que no permanezcan los enfermos en las casas sin condiciones para poder ser atendidos sin perjuicio de ellos mismos, de sus vecinos y allegados.

El cumplimiento de las cuarentenas no se lleva a cabo y en las escuelas no se ejerce la rigurosidad necesaria para la admisión de los convalecientes previo certificado facultativo que acredite que el alumno no irroga peligros a los demás compañeros.

Por doquier que ande un caudal, surgen las plantas acuáticas; por doquier que se levante una ciudad mundial santuosa, rica y viva, surge el ausentismo con todos sus defectos y perjuicios. Barcelona padece esta afección ciudadana, que nuestras instituciones deben conocer y combatir.

Es este capítulo de higiene urbana, de una importancia social

harto trascendental. En él están latentes los problemas más arduos de la vida intensa de una ciudad, que si no se resuelven pronto y eficazmente conducen a males irreparables.

La inmigración de las grandes ciudades conduce de un modo fatal a la mala higiene de la vivienda; cierto que es indudable que el aire del ambiente debe ser puro y limpio para que surta las necesidades de una hematosis normal, ya que en él el hombre realiza un trabajo muscular del cual el aire sano es un alimento, pero no es menos necesario un aire sano durante las horas de reposo; y concretando nuestra atención en este punto, hemos de lamentar la visión deprimente de los realquilados, que en algunas ocasiones duermen tendidos sobre una manta tres y cuatro personas en un mismo cuarto en que no entra la luz y en que está de centinela permanente el bacilo de Koch.

Tiempo atrás, en la villa de París se derribó un barrio entero porque las casas eran un semillero de tuberculosis.

El factor más eficaz para combatir las consecuencias del ausentismo, es la creación de un organismo especial cuya misión exclusiva sea la creación de una sociedad para la explotación de las habitaciones propias para los obreros. La ciudad jardín, con sus casas pequeñas y separadas, sus cooperativas, sus escuelas, sus baños, sus campos de sport, sus fáciles vías de comunicación, colonizan los obreros que estimulados por el acicate de un ahorro que les pueda conducir a ser propietarios de sus viviendas, llevan una vida en un aire puro y en un ambiente en el cual la semilla del odio no puede fructificar con la lozanía que desea el anarquismo intoxicante de las almas humildes.

El Garden City de Londres ocupa una extensión de 1505 hectáreas. En Alemania también se ha adoptado la ciudad jardín y en Francia y los Estados Unidos se ha creado la Asociación de las ciudades jardín para construir verdaderas poblaciones obreras.

No ha mucho los señores Frald y Carbó han publicado un libro muy curioso en el que se da una fórmula para las casas a buen precio, en la que el centro de las manzanas está constituido por un jardín para los niños.

La lucha contra la tuberculosis hallaría un oasis confortador en la institución que velara de un modo eficaz para la realización de la casa destinada a los obreros. Cuanta más higiene ofrece una ciudad, cuanto más atendido se halla el ciudadano enfermo, menos establecimientos sanitarios se necesitarían. Lo propio que en la economía humana, en las urbes se cumple el precepto de que más vale prevenir que curar,

Paralelo al problema de la mala habitación y de lucha contra la tuberculosis, está la cuestión de la mortalidad infantil y la alimentación urbana. La mejor condecoración que puede ostentar un pueblo es una mortalidad infantil insignificante. La moralidad, la cultura y la higiene, son las tres raíces que dan vigor al árbol que eleva al cielo el fruto bendito de los hijos sanos y bien educados que son la alegría de todos los hogares. He ahí otro capítulo que como todos los demás sólo puedo enumerar por ser de suyo tan extenso e intrincado: la mortalidad infantil.

Es indudable que en la primera infancia, el factor que más hace aumentar la mortalidad es la separación del hijo y la madre; si para atender a la segunda infancia se nota la carencia de hospitales, para la primera infancia lo que nos falta son escuelas, en las cuales las madres hallen el tutelaje cultural para evitar las faltas de la alimentación que es el factor que más víctimas ocasiona en nuestra ciudad.

Estas escuelas o dispensarios deben ser numerosos, esparcidos por los barrios populares y destinados a estimular con premios y concursos la rehabilitación de la lactancia natural, que es el neutralizante más poderoso de la deshonrosa cifra de defunciones infantiles. La madre que se separa de su hijo para atender al trabajo, pone en peligro su secreción láctea. El niño en manos ignorantes que substituyen el pecho, manantial de vida, por los alimentos perniciosos, muy pronto es conducido a los gravísimos trastornos digestivos que más tarde dejan las marcas indelebles del raquitismo.

Estos organismos crecidos, padeciendo una sed maternal, pronto son elegidos por la insaciable tuberculosis que deja en los ganglios sus siembras sigilosas que el día de mañana han de provocar males irreparables.

La reglamentación, vigilancia y estímulo de la lactancia natural, es una obligación ineludible que gravita sobre todos nosotros como un mal epidémico social al cual no podemos regatear ningún medio, ya que la infancia representa los cimientos de la sociedad y si éstos son endebles y enfermizos, la población futura será enclenque, triste y degenerada. Por el contrario, si las madres hallan una protección que les permita cumplir su misión sagrada de dar el pecho y son guiadas por una voz científica que les llegue al corazón, alcanzarán la victoria de ver un hijo sano, alegre, garrido y con la acometividad indispensable para la lucha por la existencia y una resistencia biológica que redundará en un pueblo el más rico, ya que será el pueblo más sano y si es el más sano, será el más feliz.

Para dar cima a tamaña victoria hemos de seguir el ejemplo de otras naciones, reglamentando el repugnante negocio de las amas de cría que al vender su secreción láctea abandonan su hijo prematuramente. Todos nosotros hemos asistido a la muerte del hijo de la nodriza, que paga con su vida las ganancias pecuniarias de la madre.

Una ley, a semejanza de la Rousel, es de urgente implantación en nuestro país; así como un cumplimiento riguroso de la protección de la obrera durante su gestación y durante una lactancia prolongada, que garantice todas las ventajas biológicas de la lactancia natural.

Como sabéis, se recurre a la leche animal en cuanto se les priva de la materna, y he aquí otro escollo para los niños difícil de evitar, cuando navegan por los procelosos mares que el vivir ofrece.

Las epidemias de gastroenteritis observadas en París por la neíasta alimentación a que se sometían las vacas, es una lección que debemos recordar someramente. En efecto, si por un momento observamos como está tratada la leche que se sirve para nuestros hijos, nos pasaremos de la resistencia biológica que les ampara, ya que no enferman todos. La mayoría de los profesionales ignoran los rudimentos de lo que es la asepsia necesaria para obtener una leche limpia y sana. Amén de las sofisticaciones que se llevan a cabo en perjuicio del niño que la toma. Creo yo, que un oficio como el de las industrias lácteas debe ser practicado por un personal que sepa prácticamente lo que es la leche, su composición, su alterabilidad, su ordeño aséptico, los peligros que irroga una alimentación industrial que no afectando a las vacas perjudica a los niños que la toman; en una palabra, que el vaquero debe ser un hombre que sólo después de un curso práctico podría ejercer su oficio elevado a su nivel cultural. Yo he tenido ocasión de observar potes de leche en los que había excremento de cabra.

En nuestra época, en que las conciencias sienten el ocaso de la buena fe, conviene sensibilizarlas con una cultura que las ponga en conocimiento de los peligros que ocasiona un práctico ignorante en materia tan delicada como es la alimentación de los niños durante el período del destete. Nos faltan escuelas de zootecnia en las cuales oficialmente se instruya para contribuir a la disminución de la mortalidad infantil. Como también nos faltan campos en los que deben reposar las reses antes de ser sacrificadas y en los cuales podrían ser convenientemente inspeccionadas. La fiebre de Malta es una enfermedad que no debiera existir. Hoy la ciencia posee medios para des-

cubrirla y por lo tanto ejercer sobre ella un riguroso y eficaz tratamiento. No hay bastante con hervir la leche de las cabras, mientras se consuman los quesos que se elaboran con leche cruda por ser así mucho más fácil su elaboración. La parte correspondiente a la higiene de la alimentación de una ciudad mundial, en que la competencia encona las almas ambiciosas, sólo puede reglamentarse a fuerza de un rigor, que hoy no nos ofrecen nuestras instituciones.

En suma: Barcelona está afecta de una insuficiencia hepática y por lo tanto la función depuradora de los elementos que dañan al organismo, no se lleva a cabo.

No ha mucho propuse que se creara una liga de personas pudientes para que en sus testamentos legaran una cantidad con destino a la construcción de los edificios necesarios para atender a la salud pública, siguiendo el ejemplo de los patriotas del extranjero que en la suprema hora de la muerte sienten la noble y loable necesidad de que sus ahorros lleguen hasta la casa del pobre desventurado. No os quepa la menor duda que un notario que llegara hasta los domicilios acompañado de una junta capaz de despertar los sentimientos ante los rudos problemas de la miseria y de la enfermedad inatendida por falta de donantes, daría como fruto de la Liga de Testadores para los pobres, que yo propuse y que como los demás proyectos se hundió en lo más profundo del abismo donde yacen todos olvidados.

Llega el momento en que, completada la historia clínica de la enferma, os hable del pronóstico y de su tratamiento.

Barcelona puede curar su dolencia. Toda afección curable en medicina la reputamos como leve. Pero su curabilidad depende de un sinnúmero de factores de difícil resolución y de una cantidad de tiempo asaz largo; entonces el criterio debe rectificarse en el sentido de que no puede aceptarse el pronóstico leve como tal.

Para llegar a la resolución de los problemas aquí expuestos se se necesitaría que toda la población sintiera apasionadamente los preceptos higiénicos. Que se unieran las voluntades todas, elevadas por una ola de un patriotismo intenso que les llevara a la playa de la perfección urbana; en la cual todos los anhelos se saciarían ante la felicidad que corona un pueblo, que está representada por una salud perfecta y una longevidad prolongada.

Si por un momento se nos aparecieran en forma de amenaza bélica las muertes que tendrán lugar en nuestra ciudad a causa de nuestro atraso higiénico en el transcurso de los tiempos futuros, veríamos

surgir legajos de voluntades, florecer heroísmos emocionadores, esparcirse sacrificios sin límites; por doquier se dilatarían las actividades de todo un pueblo que se defendería impulsado por la fuerza sagrada del heroísmo y en lucha encarnizada defendería sus hijos de la muerte pavorosa. Pero ahora la muerte no aparece franca, como en la lid bélica, sino por el contrario, solapada y muda, espera día tras día la ocasión propicia de que caigan sus víctimas en sus redes disimuladas. Y así, el viejo tuberculoso infecta al nieto que acaricia en la casa húmeda y oscura olvidada del sol, y los veraneantes de los barrios sin drenaje mueren de tifoidea, y los moradores de las casas húmedas enferman de reumatismo con sus consecuencias cardíacas, y la criminalidad de los abortos provocados sigue vigente e impune, y los niños predispuestos a la tuberculosis no tienen suficientes escuelas al aire libre, y los lactantes son aún víctimas de la ignorancia, y los afectos de enfermedades contagiosas no pueden ser hospitalizados... No quiero seguir la lista de la desolación y tristeza, no quiero que sea mi tesis una elegía de nuestra ciudad. Barcelona, como habéis visto, está enferma; es una ciudad hermosa y joven, llena de gracias y lozanía, pero su organismo padece. Cierto que como el enfermo que se acoge a la más refinada disciplina médica, puede curar, pero yo temo que esta disciplina no hallará en los pobladores el fuego de la fe y el patriotismo necesarios para alcanzar la curación.

Formulado el pronóstico, réstame hablar del tratamiento. En este momento, es cuando siéntome invadir del temblor emocional de los que no aciertan ante una empresa de grandes responsabilidades. Yo, que en todos vosotros tengo una fe ilimitada, os llamo a consulta ante un enfermo tan estimado y de una afección tan difícil. Vosotros los que lleváis ceñida la frente por la blancura de los plateados cabellos, y vosotros los que ostentáis legajos de méritos indiscutibles, traed el poderoso auxilio del talento y la experiencia y acudid a mi llamamiento para curar a nuestra Barcelona.

Al terminar mi tarea llegan en tropel las frases de tres genios que todos acatáis por sus sublimidades espirituales: *Dante, Goethe, Cervantes*. Dijo Dante que los catalanes eran avaros; dijo Cervantes que Barcelona era el archivo de la hospitalidad y de la cortesía; dijo Goethe que en las ciudades mal edificadas los ciudadanos viven en un estado de confusión.

Vosotros sabéis que en los remotos tiempos las ciudades rendían culto a los héroes, dioses o fundadores; Atenas y Roma elevan los

ojos a Neptuno, Minerva, Eneas y Rómulo. Yo quisiera que nuestra ciudad sintiera arder la llama de la devoción perenne a la diosa Higea, que inspirando a nuestro pueblo, como un nuevo Orfeo, hiciera surgir una ciudad nueva, al compás de todos los esplendores que la ciencia de hoy nos ofrece, para alcanzar la victoria de la vida que se llama salud.

Dios nos ha dado un lugar colmo de privilegios. La naturaleza pródiga preparó el lecho para Barcelona cual una madre iluminada por el amor más puro. Elevó primero la montaña del Tibidabo en la época arcaica. Este monte permaneció solitario y heroico entre hundimientos geológicos que lo agrandaron hasta el período mioceno, er el que apareció la montaña de Montjuich, siguiendo después la del Taber en el período plioceno. Al aparecer la época cuaternaria las aguas del Llobregat y Moncada rompieron los diques silúricos y allanaron el terreno y quedó formado el lugar que ocupamos frente al mar, rodeado de montañas y limitado por dos ríos; poseemos todos los alicientes de la naturaleza. Sólo por agradecimiento, la ciudad de Barcelona debería ser un modelo de perfecciones humanas.

Barcelona, ciudad de la luz y el aire tibio, tendida sobre una vertiente suave, reposa de cara al sol vivificante; su cabeza tiene por almohada las vertientes de las montañas que la abrigan de los vientos del Norte, llegan sus pies a las olas que le rinden homenaje extendiendo ofrendas de espuma día y noche; garrida y lozana, crece hacia los dos ríos que la circundan para protegerla y nutrirla.

Barcelona hoy, como la ciudad de antaño, continúa siendo una plaza fuerte; pero, en lugar de las torres caídas, de sus murallas derribadas y de sus fosos cegados; tiene sus montes, sus cordilleras y sus ríos. No es una plaza fuerte como la antigua, destinada a cumplir misiones bélicas: es una plaza fuerte de paz, de progreso, que sólo le falta para llegar a la cúspide de su apogeo que una generación nimbada de un amor rayano en sacrificio pague el tributo de cultura, civismo, moralidad e higiene, para que la ciudad, ungida de perfecciones sociales, sea la ciudad de la salud, que es el trofeo que más esplendor da a un pueblo hermoso y trabajador como el nuestro.

EXCMO. SEÑOR,

SEÑORES ACADÉMICOS,

SEÑORES,

DISCURSO DE CONTESTACIÓN

DEL ACADÉMICO

DR. D. VALENTÍN CARULLA

Esta potencia del alma que se resiste a dejar de hacer determinado acto y que presenta en unas ocasiones la aceptación de un ruego o de un mandato, a la par que emerge espontáneamente, al parecer, en otros casos por propio impulso. No consideremos este segundo mecanismo como expresión automática pura, ya que por observación interna nos convencemos que es consciente, que va precedida de reflexión más o menos rápida, que emana de nuestro yo.

Impresiones sensitivas de antaño recogidas en plena inocencia escolar y amadas de queridos profesores, a los cuales por ley de consanguinidad representa nuestro nivel Académico, pasaron por el estado de representación elevándose a la summa de la idea; esta se fijó como recuerdo convirtiéndose en íntimo sentimiento, y sus efusiones, al llegar en la espiritual a la conciencia, han influenciado mi voluntad proporcionándome la dicha de dar la bienvenida en nombre de esta Corporación al Dr. Reig Raventós.

Recuerdo al ilustre compañero que cuando hace unas semanas me anunció había terminado el discurso de ingreso, consultándole lo pertinente al nombramiento de académico que debía asignarle, por modo rápido y conciso le hice saber me honraba encargarme de ello. Tan súbita aunque espontánea fue la réplica, que bien puedo decir que a diario, a partir de aquella tarde, he pensado si obré con injusta coacción... Lo que sí puedo afirmar es que al hacer-

EXCMO. SEÑOR,

SEÑORES ACADÉMICOS,

SEÑORES:

Esta potencia del alma que mueve a hacer o a dejar de hacer determinado acto y que se apellida voluntad, representa en unas ocasiones la aceptación de un ruego o de un mandato, a la par que emerge espontáneamente; al parecer, en otros casos por propio impulso. No consideremos este segundo mecanismo como expresión automática pura, ya que por observación interna nos convencemos que es consciente, que va precedida de reflexión más o menos rápida, que emana de nuestro yo.

Impresiones sensitivas de antaño recogidas en plena mocedad escolar y emanadas de queridos profesores, a los cuales por ley de consanguinidad representa nuestro novel Académico, pasaron por el estado de representación elevándose a la cumbre de la idea; ésta se fijó como recuerdo convirtiéndose en íntimo sentimiento, y sus efluvios, al llegar en lo espiritual a la conciencia, han influenciado mi voluntad proporcionándome la dicha de dar la bienvenida en nombre de esta Corporación al Dr. Roig Raventós.

Recuerde mi ilustre compañero que cuándo hace unas semanas me anunció había terminado el discurso de ingreso, consultándome lo pertinente al nombramiento de académico que debía apadrinarle, por modo rápido y conciso le hice saber me honraba encargándome de ello. Tan súbita aunque espontánea fué la réplica, que bien puedo decir que a diario, a partir de aquella tarde, he pensado si obré con injusta coacción... Lo que sí puedo afirmar es que al hacer-

lo fué al unísono despertar de recuerdos y evocar sentimientos que decretaron tal volición en cumplimiento de un deber.

Perdonadme, si en lugar de elegir os coloqué en el trance de aceptar. No he de ocultar el motivo, para no dar pábulo a dudas y vacilaciones o convertirlo en acicate de curiosidad. Convencido estoy no ha de aceptar vuestra mente, aunque la idea dé en ella de aldabazos, sea hijo tal propósito de deseo de exteriorización de ningún género, que no en vano por lo mismo que precio de conoceros, sé no me contáis en este estadio social donde impera la vanidad. Claro que pertenezco a una época considerada por muchos como arcaica, y para los cuales somos dignos de lástima los alistados en la misma, ya que nuestra esclerosis es hija y motiva a la par perturbaciones nutritivas de tal índole que nos dificulta la asimilación científica. Pero a pesar de ello tenemos conciencia de nuestro estado, similar al que se hallarán con seguridad completa ellos mismos al transcurrir unas décadas más. Es ley humana que no podemos eludir y gracias a Dios que manteniéndonos en el sentido de hacernos cargo nos solzamos con la actuación de esa pléyade de académicos, estado mayor de nuestras huestes, que con todo y hallarse en pleno período de madurez estudian y trabajan como jóvenes y piensan y sienten aleccionados con la experiencia de los años, convirtiéndose en ejemplos dignos de imitación, ya que si llegaron a la cumbre del deseo y estadio del saber fué por su voluntad y por su afán, pero habida cuenta haber seguido la única ruta viable, o sea la de poner el norte de su ambición a la altura de sus fuerzas.

Conservo de mi mocedad científica, cual ocurre a muchos, recuerdos que lo único que ha hecho el tiempo ha sido intensificar y convertir en sentimientos. Entre otros, no hay día deje de recordar aquel frío, mohoso y destartalado patio de disección de la antigua Facultad, y con tal recordanza no evoque justa admiración hacia mi maestro el Dr. Siloniz, que en tan alto grado poseía el don de inculcar el hábito al trabajo estimulando el deseo de aprender; aquel cuchitril donde apenas si cabía más de una mesa de vivisecciones y en el cual nuestro querido profesor Dr. Pi y Suñer dejando su habitual hipocondría en el dintel del mismo, nos obligaba a trabajar, predicando con el ejemplo, horas y más horas, comprobando experimentalmente el contenido de la obra de Conheim; aquellas salas-almacenes, para no apellidar con otro nombre, en las cuales Robert a la cabecera del enfermo nos tenía absórtos trazando con maestría los respectivos síndromes, juicios diagnósticos y pertinentes planes terapéuticos. Al

admirar su talento y el lastre científico que aportaba, sacábamos el convencimiento de la rapidez con que se hacía cargo y el don de síntesis que poseía, revelador todo ello de un sabio y de un genial artista.

Salidos de la escuela, en la práctica profesional cuando el problema se complica para el principiante ya que en lugar de individuos hospitalizados debe tratar enfermos particulares, interviniendo nuevos factores cual la familia del paciente que toma parte en causa, es época que con dificultad se olvida. De ella recordamos entre otros con especial cariño y afecto a Emerenciano Roig y Bofill, quien además de su ciencia aportaba en cada caso un algo que admiraba, mezcla de pulcritud y de caballerosidad que dignificaba su misión y se convertía para el paciente y familia en consuelo moral de reconocida eficacia.

Robert en la clínica y Roig Bofill en la práctica particular modelaron algo de nuestra formación profesional; si no sacamos de tales enseñanzas más provecho, no se culpe a tan eximios maestros y sí a la atrepsia de las aptitudes personales para lograrlo; pero el recuerdo de los mismos perdurará; no en vano motivaron sentimientos que albergó en lo íntimo del ser. Murieron con escaso intervalo, sin otro consuelo, de momento, para sus admiradores, que el de cultivar su recuerdo y el de admirar la resignación cristiana de sus hijas y de su viuda respectivas.

Cuando por vuestros merecimientos personales y en pos del plebiscito académico se os designó sitial en esta casa, experimenté intensa emoción; y al visitarme y recordar con ello que un sobrino de Roig y Bofill y primo de Robert iba a ingresar por derecho propio a estos lares académicos, me creí con el deber de darle la bienvenida en nombre de la Corporación, y en estos momentos me represento aquellos maestros en esta presidencia donde durante largos años se sentaron; parece que me escuchan y, por qué no decirlo, creo agradecen mi actuación, que no representa más que un homenaje de íntima y perdurable recordanza para los que fueron, manejando sutiles e impalpables si queréis, pero fuertes y muy fuertes hebras de amistosa consideración y compañerismo que me unen con vos, ilustre beneficiario.

Creo haber subrayado se debe vuestro ingreso a propios merecimientos, no en relación con vuestro familiar abolengo. Dígalo sino la brillantez de la hoja académica, los lauros conquistados en la Casa de Maternidad con vuestro haber profesional, y vuestra labor literaria por todos reconocida y justamente admirada.

Roig y Raventós no es de los que se rinden ni de los que se duermen, pudiendo considerarlo como elemento activo. Que tal resulte, como el que más, deseo. Bienvenido sea.

* * *

Barcelona, ciudad cardiorrenal, ha sido el tema de vuestro trabajo, y a fuer de sincero debo decir que del mismo se desprende como a juicio de conjunto vuestro cariño para nuestra Barcelona, aporte de alma ciudadana e inequívocas pruebas de que al cultivar la ciencia lo hacéis con la idealidad del poeta. No en vano desarrolláis la tesis con cuidadoso método y vestís vuestro lenguaje con cierto indefinido encanto que halaga, subyuga y suspende el ánimo.

Diagnosticado el proceso morboso que aqueja nuestra ciudad y sentado el juicio pronóstico, abocetáis el tratamiento con energías reveladoras de que no pertenecéis a la secta de los escépticos ni a la de los pesimistas; aquéllos, que al negar la verdad se declaran incapaces para conocerla y los últimos, que al juzgar las cosas lo hacen bajo el aspecto más desfavorable; vos lo hacéis y las juzgáis, por el contrario, en un plano de favor que alienta y que resulta muy de veras confortante.

Lejos de mi ánimo el seguíros paso a paso convirtiendo mi misión en la de un repetidor. Con vuestro trabajo ha ocurrido algo insólito en razón a mi modo de ser, ya que posesionado del tema desde las primeras páginas, en lugar de asaltar el final para saborear las conclusiones (método tan en práctica en temperamentos propensos a la inestabilidad, con el cual me reconozco) seguí cuartilla tras cuartilla hasta alcanzar el término del discurso, y es que es asunto tan bien traído y en forma tan amena que no se presta a interferencias, pues suspenso el ánimo por una frase o por un concepto, se sigue la trayectoria sin impacencias y sin solución de continuidad.

Con mano maestra y cual impresionada cinta ha desfilado ante nuestros ojos solazando al espíritu, la silueta de la antigua Barcelona rodeada de murallas y sus sucesivas etapas hasta alcanzar la actual, en que sonriente la urbe reposa en la suave pendiente que de la montaña va al mar y en parte protegida y alguna que otra vez maltratada por los ríos Besós y Llobregat.

Resultan positivas; la estenosis vascular con la peligrosa hipertensión consecutiva y la insuficiencia renal que representa el modo actual

de ser de su subsuelo. Podemos enorgullecernos de vivir en ciudad hermosa y lozana sí, pero en contraste con sus envidiables condiciones de clima y de lugar, existe la maléfica influencia de un alcantarillado que, en general, ni recoge, ni conduce, ni aleja, ni destruye. Las condiciones geológicas y la inacción de los medios conducentes para drenar debidamente el subsuelo motivan el edema de las extremidades, así como contribuyen a la insuficiencia hepática mencionada por el recipiendario; dígalo sino la deficiencia hospitalaria, cual la de asilos, sanatorios, etc., y el estado actual de la higiene de la urbe ante los candentes problemas relativos a viviendas para obreros, lucha contra la tuberculosis, mortalidad infantil, condiciones de alimentación urbana y otras más.

Formula el Dr. Roig un pronóstico de curabilidad que no discuto, aunque a largo plazo y dado lo complejo del problema terapéutico pide la cooperación de más señores y por modo especial de aquellos de sus compañeros académicos con plateados cabellos, buscando con ello, según indica, el aporte de su talento y de su experiencia.

Permitidme, querido compañero, que aun sin poseer estas últimas cualidades, que soy el primero en deplorar y pudiendo hacer únicamente gala de la primera parte del inciso o sea lo de los plateados cabellos y no prematuras canas, me atreva a esbozar unas ligeras consideraciones orientadas en consonancia a las vuestras, uniendo al vuestro mi voto para que esa pléyade de académicos entusiastas e inteligentes que militan en el activo de esta Corporación; intervengan en pro del logro de la resolución del problema, claro, si se quiere, por lo que respecta a la elección de *indicados*, pero con sumas dificultades para hallar medio apropiado en el cual puedan aquéllos llenar su cometido.

En efecto, del juicio comparativo que Roig, actuando de médico de cabecera, establece entre la enferma, enfermedad y ambiente que le rodea y los agentes terapéuticos a emplear y que constituyen la indicación concreta, se desprenden los siguientes extremos: Respecto a la enfermedad, nada que añadir a lo comentado; en lo concerniente a la enferma las condiciones de carácter y temperamento de la urbe, perturbaciones de su dinamismo, característica de su modo de ser actual en relación con lo que reclama la Higiene, aparte un conjunto de circunstancias causales de la característica del proceso.

Pertinente a los *indicados* recordemos los prescritos: urbanización subterránea con red completa de cloacas impermeables debidamente drenadas y con ventilación perfecta; agua suficiente para uso interno

y aplicación externa; ensanche de las calles estenosadas; estatuir circulación complementaria abriendo vías paralelas a las lesionadas; descongestionar la circulación cutánea por vía subterránea; reglamentar y hacer cumplir los preceptos de higiene pública. Además, resolver el problema hospitalario de Barcelona estableciendo las dos mil camas que le faltan; desaparición del Hospital de la Sta. Cruz; total funcionamiento del de San Pablo; aislar debidamente el Clínico, construir los especializados y por modo preferente el de infecciosos y uno para excedentes, por no decir de incurables por ley de humanidad; fundar los necesarios asilos, nosocomios, sanatorios en la playa y en la montaña; en una palabra, cuanto sea necesario para atender debidamente a todo enfermo que se halle en su casa sin condiciones para ello, cesando—en la forma actual de ser—lo que a beneficencia domiciliaria se refiere, para convertirla en obra redentora, dirigiendo al respectivo nosocomio todo enfermo que de permanecer en su casa puede ser un peligro para sus allegados o vecinos, o se halle en condiciones de ser tratado deficientemente. Que por lo mismo que no basta, para la suriciencia del caso, la visita del médico, la gratuita pócima, ni los consabidos bonos proporcionados por altruístas damas y piadosos caballeros pertenecientes a honorables conferencias; procuremos no quede limitada la Caridad, que por algo es virtud, noble, digna y cristiana, y lograr por la misma desaparezca el actual superávit de enfermos mal instalados en sus domicilios a la par que el déficit abrumador de otras tantas camas—cual de albergues—para hospitalizarlos debidamente.

Y añádese para terminar lo que respecta a intensificar la construcción de viviendas higiénicas para obreros, jardines públicos como expansión ciudadana, asilos-cunas, cantinas escolares y todo lo necesario para que la alimentación en general no resulte elemento de morbosidad y de mortalidad, especialmente durante la edad infantil. He ahí una triaca de indicados, pertinentes a higienizar la ciudad y contribuir a restablecer su fisiologismo.

No hay duda alguna que fundamentado el diagnóstico y habida cuenta de las condiciones de la enferma, resulta clara tal indicación. Lo difícil en el caso que nos ocupa es el ambiente en que la paciente se halla; para ella, según ministerio de la ley, quien debe actuar de médico es la respectiva Corporación municipal, y eso de poder contar con un Consistorio de convencidos para abordar el plan con unanimidad de criterio, no es cosa tan sencilla ni hacedera. Si por otra parte y habida cuenta lo numeroso de la familia de la

enferma, como de millón y pico de ciudadanos que deben hallarse unánimemente convencidos de la eficacia del plan, para que en lugar de fomentar recelos y resquemores, sintomáticos de pernicioso individualismo, coadyuven al tratamiento con espíritu de colectividad consciente y razonable, tememos muy de veras perdure la dolencia por incumplimiento de lo que la higiene reclama y la cultura ciudadana impone.

Salió la frase y verti el concepto. Falta ambiente para cumplir lo indicado, dada la manera de ser actual de esta como de tantas otras urbes; mientras no antepongamos el bienestar general al particular, en tanto no comulguemos con el espíritu de sacrificio, ínterin no intensifiquemos el don de hacerse cargo, mientras impere la costumbre de blasonar de derechos adquiridos quedando en olvidanza los deberes a cumplir, resultando letra muerta las ordenanzas y los agentes de la autoridad sin otra que la que les hacemos la gracia de concederles, aun considerando con arrestos y energías a la Directiva, la efectividad de la cura ha de resultar escasa.

Es problema de cultura ciudadana, y si no comenzamos por intensificar nuestro civismo, para que una vez educados y convencidos coadyuvenemos a la obra en lugar de perturbarla, resultará vana quimera. ¿Que ello presupone dilatado plazo? ¿Que es indispensable educar al niño con fija orientación hacia los derechos y deberes que como a ciudadano de mañana le competen? ¿Que debemos amortizar el analfabetismo y encauzar capital inteligencia que se pierde menguando la producción cultural? Sí, todo ello se hace necesario para que resulte eficaz el tratamiento.

Comencemos los profesionales, los convencidos en materias de higiene, los amantes de acción ciudadana con aporte de energías y a prueba de sinsabores, a verter desde arriba la idea de lo excelso del plan; procuremos que del adulto al viejo la recojan, la acepten y la prohijen aun a guisa de coacción amistosa, que no en vano se da el caso que algo de lo que se adquiere por imposición se adapta por convencimiento. Y a la par que ésta, venga desde abajo y por lo tanto en sentido opuesto otra corriente, referente a la educación integral del niño, oleada vivificadora por ser de verdadera formación ciudadana. Producto de esta doble corriente será la unión de los convencidos con los educados, rindiendo obra positiva por su solidez y fecundidad.

Para resolver el problema de cultura son necesarias escuelas; para ellas hacen falta maestros; para los maestros, normales apropiadas.

das; para que éstas rindan su producto, profesorado competente, medios adecuados y orientaciones dimanadas de un Directorio o Ministerio técnico al cual no llegue vaho político de ningún género, ya que por desgracia es frecuente, por ley de inestabilidad, que tal emanación no encauce sino que perturbe.

Ante lo vergonzoso de la cifra de ciudadanos que aquejan (cual la califica Lozano) roña de analfabetismo, desfilan por la mente como causales, la ignorancia y egoísmo de unos padres que prefieren aprovecharse del trabajo de sus hijos a no mandarlos a clase, cierto despego de la clase pudiente para la escuela nacional, algo de desidia del Gobierno respecto a la construcción de las que faltan y un mucho de descuido por parte de los municipios no haciendo lo necesario para que el pueblo se instruya, sin parar mientes en la escasez de rendimiento del hombre con rudimentaria inteligencia, al compararlo con lo que rinde el plenamente capacitado para el trabajo. Estatúyase la graduación, sepárense los atrasados y anormales para enseñanzas especiales, oblíguese a la especialización de las clases de adultos en relación a las actividades del alumno y característica de la comarca, foméntense en la escuela obras de cultura social cual el ahorro y previsión, y así en proporción al aludido esfuerzo podremos contar con eficaz semilla para conseguir el fruto apetecido.

Y si de la primera nos dirigimos a la segunda enseñanza, escuelas profesionales, Institutos y Universidades, diremos algo parecido, esto es, que actualmente los mencionados centros no rinden el interés debido, no producen cual debieran. Causas numerosas lo motivan, relacionadas con el profesorado, clase escolar, padres de familia, planes de enseñanza, poniéndose de manifiesto con frecuencia una atonía, remedo de la que va predominando por doquier. Sí, en tesis general la indiferencia, el escepticismo, el no hacer nada, o, por mejor decir, el dejar hacer, toma incremento día tras día, resultando cómodo al parecer, pero poniendo de manifiesto una falta de vitalidad, una mengua de excitabilidad refleja que significan éstasis, marasmo, muerte, por ley de inercia.

Fijémonos en un detalle: cuando el alumno al terminar la segunda enseñanza se dirige a la escuela superior o a determinada facultad universitaria, alcanza el título de bachiller, obtiene el primer entorchado académico ingresando en la escuela profesional o en la Universidad. Las más de las veces, no parece sino que han llegado a su mayoría de edad. Los niños se convierten en hombres sin pasar por el estadio de adultez. Por otra parte nosotros los padres, deshabi-

tuados a ocuparnos de nuestros hijos por el régimen del colegio que supliera nuestra obligación hasta aquel entonces, nos olvidamos de nuestros deberes para con ellos, más necesarios que nunca en esta nueva etapa de su vida, en la cual un mal compañero, la inexperiencia u otras concausas comienzan por torcer el camino que debían seguir. De hacer públicas estadísticas pertinentes al caso que nos ocupa, la elocuencia de los números demostraría las víctimas ocasionadas por el vicio, las bajas debidas a una desviación de la que debe ser normalidad escolar y la frecuencia con que por idealismos empíricos y sin atender a orientaciones pedagógicas, hemos desplazado a nuestros hijos colocándolos en plano desproporcionado a sus actividades. No echemos en olvido que el cumplimiento del deber nos impone algo más, mucho más que el esperar que el hijo vaya aprobando curso tras curso y alcance el título apetecido, salvando escollos con mayor o menor facilidad y obteniendo resultados más o menos brillantes; el deber nos obliga a que tengamos el convencimiento de que ha dado de sí cuanto podía dar; de que la orientación científica adquirida ha sido en consecuencia adaptada a las condiciones de su inteligencia y que a la par en su formación interna, por lo que respecta a su sentido ético y educación de la voluntad, nada anormal ha sucedido, corriendo parejas con el aprovechamiento escolar.

Procuremos no ingresen, pues, en las escuelas especiales ni en la Universidad los que no aporten capital inteligencia adaptable a las respectivas enseñanzas; pongamos en juego los medios necesarios para que acudan los que por falta de recursos constituyen en la actualidad riqueza intelectual que se pierde por valles y montañas, ya que no debemos olvidar que la posición social no constituye el barómetro de la inteligencia, y encauzando ambas corrientes intensificaremos el producto de cultura ciudadana, sin que tenga que llegarse por ello a exclusivismos tan parciales cual el considerar ineptos como universitarios a todos los actuales alumnos, ni prejuzgar a cada lugareño como escolar de ley.

Se hace necesaria una previa revisión de valores, un estudio del alumno desde sus comienzos, labor exclusiva del maestro, quien debe marcar la orientación a seguir en razón directa de la inteligencia del mismo y sin preocuparse para nada de lo concerniente a su posición social, ya que la escuela en sus diversas modalidades y la Universidad han sido, son y deben ser, patrimonio de cuantos se hallen en condiciones de sacar provecho de sus enseñanzas, y a falta de medios propios para alcanzar a lo que sus condiciones de intelecto

les da derecho, compete al Estado, a las Corporaciones y a los particulares o pudientes, en cumplimiento de un sagrado deber, el contribuir al aporte de los medios necesarios para ello.

De este conjunto resulta que la incultura o la defectuosa educación de la juventud trasciende a todos los órdenes de la vida ciudadana, ya que está fuera de duda que el poder, bienestar y riqueza de un pueblo, cual el progreso de su ciencia, de su agricultura, de su industria, de su comercio, se hallan en razón directa del grado de cultura y de laboriosidad de todos sus hijos.

Si cada célula social apellidada hombre ocupara debidamente su lugar, cumpliendo su misión, persuadido de sus derechos y percatado de sus deberes y produciendo ponderadamente a sus actividades, resultaría elemento inteligente y capacitado para dirigir y para obedecer; dirigir lo correspondiente al coto de su actividad y obedecer no sólo por deber, sino por convencimiento, lo procedente de planos sociales superiores al suyo, y así, con el armónico engranaje cincelado por la instrucción y con las correlaciones funcionales respectivas, resultaría positiva la cultura ciudadana y al hallarnos entonces en la necesidad de implantar procedimientos terapéuticos radicales cual los necesarios para dominar el proceso morboso, tan bien descrito por el recipiendario y que aqueja nuestra ciudad, serían prácticos y efectivos; ya que en lugar de tropezar con obstáculos para ello, hijos de incultura social, daríamos en terreno abonado y con medios convenientes al mentado fin; facilidades en lugar de resistencias, coadyuvantes en vez de antidotismos.

¿Que hay labor para rato? Sí, pero todo es comenzar. ¿Que hemos trepado por empinada cuesta y el vértigo de altura provoca excitabilidad cerebral determinando alucinaciones? Las juzgamos realidad. ¿Que se trata de un problema de inteligencia? Más que de inteligencia lo consideramos de voluntad. No en vano de entre todas las potencias del alma ella es la que impera, la que construye y la que gobierna.

* * *

Doctor Roig Raventós: el sillón que venís a ocupar en esta casa no aporta a vuestra mente el recuerdo de compañero que fué, ya que vuestro ingreso no ha sido por pérdida sufrida y sí motivado por modificación reglamentaria; pero moralmente y por vínculos de consanguinidad, al sentaros en él y al cooperar a nuestra labor

no echéis en olvido que pesa sobre vos un deber a cumplir, cual es, el de contribuir con vuestro trabajo a que recordemos más y más a queridos maestros y compañeros pertinentes a vuestra familia, que nos honraron con sus prestigios y con perseverante labor. Por ello y en consonancia a vuestros merecimientos es por lo que esperamos de vuestra actuación eximios frutos.

Habéis mencionado que la medalla que el Presidente va a imponer es la que durante su vida académica enalteció el Doctor Roig y Bofill. Al reaparecer a la luz de este hogar solariego, después del obligado descanso por la sentida pérdida de su dueño, no ha permanecido oculta en medio indiferente ni de olvidanza, que ello no ha sido posible dado el amor y cariño de la ilustre dama que cuidadosa la guardaba como preciado recuerdo del que fué su esposo. Bien seguro estoy que al desprenderse de la misma deseando la usufructuéis, ha sido por hallarse convencida de que sois digno de ella, y por lo tanto, a la par que para vos ha de ser muy noble acicate, corresponderéis a ello enalteciéndola cual se merece. Aplaudo el gesto de vuestra respetable Tía, a la cual me complazco desde este lugar en hacerle ofrenda de consideración y respetuoso afecto y, al terminar mi cometido en aras del deseo de daros la bienvenida, motivando un piadoso recuerdo para antepasados vuestros, queridos maestros míos, pido a Dios sea esperanza que alcance realidad, la de veros laborar con éxito en prestigio de vuestro apellido y para honra y gloria de nuestra querida Academia.

HE DICHO